

mía de nuevo reunió la cofradía de cantores arrobados en la belleza y en la concordia del coro, he ahí la obra que a su iniciativa un antiguo estudiante propone. Estudiantes de Coimbra: levantad en Coimbra el monumento de Camoens. Será la imagen de Camoens adolescente, gentil escolar de Artes y Humanidades, y ésta vendrá a ser la única efigie del poeta en cuyo rostro veremos los dos ojos.

Levantando ese monumento habréis realizado la más espiritual, la más estética, la más patriótica de las obras académicas, por ser aquella que encierra, además de su belleza propia, el más noble y perdurable carácter prolongándose a través de generaciones sucesivas. Camoens quedará siendo entonces el contemporáneo de todos los mozos portugueses que por aquí pasaron, el más ilustre y el más querido de todos los compañeros. Mas no lo levantéis en una plaza o en una calle, porque las memorias de los poetas son por demás altas y melindrosas para ser expuestas en tales lugares las imágenes que las perpetúan.

Nada más delicado y más difícil que consagrar recuerdos de artistas, naturalezas exigentes que tienen por instinto el horror de lo que no es bello.

Esas glorificaciones requieren primero una noción perfecta del buen gusto, y si el más perfecto buen gusto no las preside, nosotros podemos imaginar que aquel que se pretende glorificar se está sintiendo tristemente vejado en la inmortalidad, en cuanto los vivos que asisten a esas llamadas fiestas se sienten constreñidos en el mismo triste vejamen.

El monumento de Camoens, de que yo os hablo, hallaría el más hermoso y discreto lugar en el Jardín Botánico, mirando hacia el Mondego, de lo alto de su pedestal labrado por los ilustres canteros de Coimbra, discípulos del benemérito profesor Goncalves, en ese encantador jardín en donde ya se encuentra la estatua acogedora de Brotero, sonriendo plácidamente a la sombra de los árboles, con su sonrisa esculpida por el estatuario genial que se llamó Soares doa Reis y en el cual se ilumina la bondad de quien tanto amó las plantas y las flores.

El monumento de Camoens que vosotros levantáis será el primero que Portugal erija con belleza a su cantor, puesto que el monumento de Lisboa es mezquino y, sobre todo, tan falto de ambiente, encerrado en una plaza asaz mediocre, cuando apenas asomado al Tajo hallaría la atmósfera propicia, rodeado de ninfas de bronce; y el que existe ya en Coimbra tiene solamente el mérito de atestiguar el esfuerzo de la generación declamatoria que allí lo colocó.

Levantando ese monumento por vuestra iniciativa y con vuestros recursos, vosotros, estudiantes de Coimbra, os juntaréis al grande y bello movimiento de patriotismo que en los últimos años se tiene desenvuelto en Portugal, patriotismo intelectual que nos concedió una noción nueva de la patria, opuesta a las negaciones terribles en que fuimos educados.

Portugal nunca fué tan bien amado como en los últimos años—¡cuán independientemente de los hechos de orden incidental que tienen perturbada la vida portuguesa!—porque nunca Portugal fué tan amorosamente estudiado por sus artistas y sabios, que trabajan en silencio en donde la multitud los ignora y de la cual ellos dispensan los ruidosos aplausos, y han erguido el monumento de nuestras tradiciones, dándonos el orgullo de la razón de ser de nuestra existencia nacional, demostrando la magnífica realidad de nuestro esfuerzo consciente y de nuestro heroísmo en el pasado, desde la obra de los *Descubrimientos y Navegaciones*, hoy vista a una luz nueva que le duplica el valor histórico—para la visión de la cual concurren últimamente los estudios del ilustre profesor de esta Universidad, Dr. Luciano Pereira da Silva, que prolongaron hasta el infinito de los cielos la acción de los portugueses y de nuestra Epopeya—y que Luis de

Camoens cantó en el Poema en que pensaba ya cuando era escolar de Artes y de Humanidades en Coimbra.

Con ese monumento erigido por escolares al más representativo de cuantos por Coimbra pasaran, con ese padrón espiritual y simbólico, vosotros, estudiantes, sentiréis más amor a la tradición de vuestra tierra, de vuestro Estado y de vuestra escuela, y el culto de la tradición—yo me enorgullezco de haber sido uno de los primeros hombres nuevos de Portugal que lo escribió y lo dijo bastantes veces en público, en palabras cuyo sentido tal vez no se haya perdido del todo—y la condición primera, la más bella y la más firme, del culto de la patria.

El busto de Camoens vendrá, en fin, a ser la propia imagen de todas las mocedades que, por aquí pasando, aquí dejan siempre alguna cosa de lo más bello que existe en cada uno de nosotros.

Y en la frente del pedestal se leería en letras de bronce el soneto, tan dulce como un beso, en que Luis Camoens se despide de Coimbra, y en que murmura su confidencia de *saudades* al paisaje bien amado: poética consagración del suelo más lírico, hecha por aquel en cuya voz nuestra alma subió quedando eterna; los versos en que el poeta, mirando las aguas del río, promete recordarlas siempre, a través de las mudanzas, de los errores y de los dolores de la vida.

Doces e claras agoas de Mondego,
doce repouso da minha lembrança,
onde a comprida e perfida esperança
longo tempo após si me trouxe cego.

Do vós me aparto, si, porém não nego
que inda a longa memoria, que me alcança,
me não deixa de vos fazer mudança,
mas quanto mais me alongo, mais me achego.

Bem poderá fortuna este instrumento
da alma levar por terra nova e estranha,
offerecida ao mar remoto, ao vento.

Mas ça alma que de a vos acompanha,
nas asas do ligeiro pensamento
para vós agoas, voa, e em vós se banha.

A. LOPES VIEIRA

(*La Nación*, Buenos Aires).

NOTICIA.—En este año celebra el Portugal el 40 centenario del nacimiento de CAMOENS.

